

Homenaje al Prof. ANTONIO LÓPEZ EIRE
6 de febrero de 2009

“No estés orgullosa, muerte, aunque te hayan llamado
poderosa y terrible, ...
Porque aquellos a los que quisiste derrocar,
pobre muerte, no murieron ...
John Donne (1572-1631), *Sonetos sacros*

Hace ahora un año, Antonio López Eire pronunciaba desde esa cátedra, en este mismo lugar, una interesantísima y amena lección con motivo de la festividad de Santo Tomás de Aquino: “Pange lingua: la naturaleza ritual de la poesía”, a propósito de las características que definen y singularizan el lenguaje poético. Su sutil ironía al hablar de Bolonia y la Convergencia Europea, su agudo sentido del humor, su dominio del discurso y de la retórica, nos cautivó incluso a quienes ya estábamos familiarizados con la fluidez de su verbo y el dominio de los recursos expresivos. La larguísima ovación del auditorio rubricó tanto lo acertado del tema como la sencillez y claridad con que Antonio supo trasladar su mensaje a un público de tan heterogénea procedencia académica.

Nada podía hacernos pensar que justo un año y nueve días más tarde nos encontraríamos en este mismo lugar para rendir un homenaje a su memoria. No sé si a él, sabio en el más pleno sentido del término, le hubiera gustado este tipo de actos en su honor. Pero nosotros, quienes lo tuvimos –unos por compañero, otros por maestro, todos por amigo--, nos sentimos obligados a recordar su figura y a llorar su ausencia cuando ya han transcurrido unos meses desde su último viaje. Este acto servirá para compartir el duelo que sentimos, para recordar su gran calidad humana, para evocar al profesor, al compañero, al entrañable hombre de bien, al universitario cuya fertilidad intelectual se cercenó de manera tan injusta como repentina, a quien gustaba debatir -- como escribió Antonio Colinas en un hermoso obituario-- “sobre los temas esenciales del ser: el propio pensamiento, la poesía, lo sagrado, la música, la belleza, los clásicos, la palabra”.

Yo quiero, en nombre de la Facultad de Filología, agradecer la presencia de quienes me acompañan en la mesa y la de todos ustedes –algunos venidos desde lejos de Salamanca-- que han querido participar con nosotros en este pequeño y sencillo homenaje. También deseo mencionar a todos aquellos que se adhieren al homenaje, pero les ha sido imposible estar hoy aquí en este Paraninfo.

Antonio López Eire fue decano entre 1978 y 1981. A él le tocó ser el primer decano que tomó las riendas cuando la Facultad de Filosofía y Letras se dividió en tres nuevos centros, uno de los cuales sería la actual Facultad de Filología. Hasta ese momento él

había sido vicedecano en el equipo del Prof. Ángel Cabo. No le hacía mucha gracia el cargo, porque el peso de la burocracia le restaba demasiado tiempo a sus investigaciones. Sus compañeros de junta de Facultad terminaron por convencerle para que siguiera, y completó el periodo para el que había sido elegido. Presidió su primera Junta de Facultad como decano en noviembre de 1978.

Con su característico buen humor y proverbial eficacia gestora supo canalizar la savia vivificadora de una gran tradición humanística arraigada en la tierra fecunda de la vieja Facultad de Filosofía y Letras y mantener la frondosidad del renovado árbol de la Filología.

No debió de ser una época fácil, al tener que adaptar la Facultad a nuevas formas que afectaban en primer lugar a toda la organización administrativa del centro, sin que se resintiera su labor docente e investigadora en la cátedra de Griego. Antonio salió airoso del trance y, desbrozado el camino, pasó en su momento el testigo a un nuevo decano: Javier de Hoz.

En el desempeño de su trabajo fue, como en todo, íntegro, metódico y sistemático. Eran momentos complicados, pero él capeó el temporal con gran habilidad. Desde los primeros momentos tuvo que hacer frente a apremiantes ajustes económicos, a los nuevos sistemas de contratación de profesorado, a los problemas derivados de la aplicación de la Ley de Autonomía Universitaria, algo que se estaba elaborando en ese momento. Tuvo que regular la presencia de la Facultad en Cursos Internacionales, en el Colegio Universitario de Zamora, en las distintas comisiones de gobierno. Fueron tiempos de relativas mudanzas en el sistema universitario español. Como casi siempre.

En Junta de Facultad del 17 de enero de 1980 se aprueba un escrito contra la “Ley Orgánica de Autonomía Universitaria” (LAU), una ley que quedaría por fin aparcada hasta que llegó la LRU. Una ley que, según el sentir de la Junta de Facultad, entre otras cosas, ignoraba el problema de la financiación de las universidades, reducía las competencias del claustro como órgano supremo de representación y menoscababa determinados aspectos inherentes a la autonomía universitaria. Algunos de los argumentos nos siguen resultando familiares 28 años después.

Antonio López Eire plantea ya en la Junta del 25 de marzo de 1980 su deseo de dimitir como decano, a la espera tan solo del nombramiento de nuevo rector. En esa misma Junta se propone estudiar el cambio de los Planes de Estudio. Tampoco en esto ha pasado el tiempo. Como los decanos de hoy día, se veía inmerso en un futuro de cambios legislativos, en una selva de normativas, en un marasmo de nuevos reglamentos y sus aplicaciones. Pero resistió y cumplió con su deber.

Antonio formaba parte de la arquitectura del Palacio de Anaya. Constituía una presencia casi permanente, sábados incluidos. Los sábados por la mañana cuando yo preguntaba qué colegas andaban por allí, los conserjes invariablemente me solían dar dos o tres

nombres. Entre los asiduos estaba él siempre, recluido en su despacho, un despacho atestado de libros, de cajas de libros, de libros y libros.

Cada vez que entro en Caballerizas echo en falta la tertulia que en torno a él y a su conversación se formaba allá al final, en el recodo de la barra, y que ponía término a la jornada de la mañana. Lo mismo se hablaba de cultura helénica que de política -- universitaria o no—de viajes o de variedades y denominaciones de los distintos vinos. Porque Antonio sabía apreciar las cosas buenas de la vida, los pequeños placeres cotidianos, la conversación distendida sin solemnidades huera.

Pero Antonio nos dejó —y de nuevo acudo a Antonio Colinas—“con nuestros ojos vueltos hacia la boca de la tierra, a la negra comunión de la muerte”. Una comunión de la muerte, añado yo, contra la que nos rebelamos, que nos negamos a admitir, cuya victoria no reconocemos, como dijera el poeta inglés mencionado al principio.

Quiero citar, para concluir mi intervención, unas palabras que escribió en la carta de condolencia enviada al decanato otro gran admirador y amigo de Antonio y de su familia. Me refiero a Valentín Cabero: “Antonio ha dejado su vida en uno de los lugares para mí más hermosos y cargados de fuerzas telúricas: las montañas de Sanabria. Que los dioses que moran en las cimbres de Peña Trevinca y de la Sierra Segundera, recordando a los cantos homéricos, le hayan acogido en el Olimpo de los hombres buenos y de los sabios honestos”.

Yo suscribo estas palabras.

Román Álvarez Rodríguez
Catedrático de Filología Inglesa
de la Universidad de Salamanca
Decano de la Facultad de Filología